Despues de darse á conocer, Horacio dijo que estaba cazando en los alrededores cuando vió á los bandidos detener el coche, y que por fortuna habia podido llegar á tiempo para salvar á las viajeras, y acabó aconsejando á estas y á Manlio que subieran inmediatamente al carruaje antes que los dos hombres que se habian escapado, tuvieran tiempo de volver con los demas de la cuadrilla. Horacio subió entonces al pescante, preguntó á qué punto querian dirigirse, y empuñando las riendas, lanzó á los caballos á escape en la direccion de Porto d' Anzo.

A las pocas horas habian llegado nuestras viajeras á su destino, y la brisa del mar pareció reanimarlas, sobre todo á la hermosa Julia, quien segun ya hemos dicho era muy aficionada á las espediciones marítimas, como lo son la mayor parte de las inglesas.

CAPÍTULO XXIII.

La tempestad.

No pareciéndole prudente á Julia que todos se embarcasen de una vez, atendido que esto podia escitar alguna sospecha, aconsejó que Silvia y su hija continuasen su viaje á pié, acompañadas de Horacio, hasta cierto punto donde iria á buscarlas luego, mientras ella marcharia con Manlio y Aurelia á fin de que se hicieran en el buque, anclado á poca distancia, los preparativos necesarios para recibir á los viajeros.

El cabo de Anzo y Civita-Vecchia son los límites sur y norte de la peligrosa é inhospitalaria costa romana, en la que han naufragado tantos buques, y el promontorio de Anzo forma y dá su nombre al puerto en el cual estaba anclado el buque de nuestra heroina.

Si la llegada de Julia á Roma no fué agradable á los prelados que allí residen, porque consideran á los ingleses como *herejes*, y *liberales*, no sucedió lo mismo con la tripulacion del *Seagull*, que idolatraba á su señora, así como ésta, apreciaba mucho á sus

bravos marinos, sin hacer un secreto de ello, porque en su opinion, el hombre que esponia continuamente su vida, y que aunque brusco, era de carácter franco y leal, se hacia acreedor al aprecio de sus semejantes.

Al subir á bordo, la jóven inglesa fué recibida respetuosamente por la tripulacion, y bajando á la cámara, consultó con el capitan, viejo lobo de mar, llamado Thompson, cómo podrian embarcarse con seguridad los fugitivos.

—¡Ah, ah! señorita, esclamó Thompson. regocijado al saber que iba al fin á salir de su inaccion, confiadme á mí esas señoras, y os aseguro que yo las sacaré sin contratiempo de este sitio infernal.

Dicho esto, el capitan subió á cubierta, hizo sus preparativos en menos de una hora, levó el ancla, y embarcados ya todos, escepto Silvia y su hija, dióse la señal de partir. Poco despues solo se veia un punto lejano en el horizonte; era el *Seagull* que se alejaba con rapidez de la costa; los fugitivos se habian salvado.

Corria el mes de Febrero, es decir, el peor que se conoce para navegar, al menos en el Mediterráneo. Los marineros italianos hacen siempre mencion de un proverbio que dice, que un corto Febrero es peor que un largo Diciembre, y el capitan Thompson que no ignoraba esto, y que habia consultado el barómetro, observó que anunciaba un fuerte viento Sur, nada favorable para la navegacion. El *Seagull*, sin embargo, habia desplegado todas sus velas, é impelido por una suave brisa, avanzaba rápidamente cortando las olas, con gran satisfaccion del capitan Thompson y de Julia, pero no de Aurelia y de Manlio, que no habiéndose embarcado nunca, comenzaban á marearse.

Julia deseaba cruzar por la costa para ir en busca de Silvia y de Clélia, que acompañadas de Horacio, aguardaban en una pesquería que se encuentra á pocas millas de Porto d' Anzo, pero aunque el capitan se hallaba siempre dispuesto á sacrificarlo todo por complacer á su señora, en aquella ocasion se lo impidieron los elementos. La suave brisa se habia convertido en un viento huracanado, negras nubes comenzaban á encapotar el cielo, y era evidente que iba á estallar muy pronto una espantosa tormenta, que podia ser fatal á los navegantes si el buque era arrastrado á la costa. Acercábase la noche; el capitan distinguia ya las rompientes, y pareciéndole que para conjurar el peligro no quedaba mas remedio sino anclar, anunció que iba á dar la órden. La jóven inglesa consintió en ello, y ya los marineros se preparaban á la maniobra, cuando pareciéndole á Julia que el viento cambiaba, manifestó que ya no seria prudente hacerlo, y que se debia por el contrario avanzar mar adentro si era posible. Poco despues, el *Seagull*, obediente al timon é hinchadas las velas, iba alejándose poco á poco de la costa, pero era tan fuerte el viento, y tan monstruosas las olas que saltaban por encima del buque, que á cada momento se oian crugir los mástiles y los cordajes cual si fueran á romperse.

El *Seagull* luchaba obstinadamente contra la tormenta que arreciaba mas y mas á cada momento, y viendo el capitan que Julia permanecia sobre cubierta, la rogó bajase á su cámara para evitar la suerte de un pobre marinero que habia sido arrastrado por una ola, sin que fuera posible salvarle. La misma Julia le echó una cuerda para ayudarle á subir al buque, pero otra ola enorme arrastró al infeliz, á quien no se volvió á ver mas.

Cuando Julia bajó al camarote para tranquilizar al capitan y consolar á sus amigos, ofrecióse á su vista una escena, que á pesar de su sentimiento por la pérdida del marino, la hizo sonreir. Habia sido tan violenta una de las sacudidas que sufria el buque á cada momento, que Aurelia se vió lanzada como una

pelota desde su asiento al rincon donde se habia refugiado Manlio, y de tal modo se asustó la pobre mujer, creyendo que era llegada su última hora, que se asió al pobre escultor como si este pudiera salvarla. En vano Manlio rogaba á su amiga que no le oprimiese de tal modo, pues Aurelia se agarraba cada vez con mas fuerza al pobre hombre, persuadida de que aquella era su única tabla de salvacion, hasta que al fin, un movimiento del buque vino en auxilio de Manlio, el cual pudo entonces desasirse y librarse de la mano que le oprimia. En aquel momento llegó Julia, y despues de consolar á sus dos amigos, que la hicieron reir mucho por algunos instantes, llamó á un criado para que sacase á Manlio y Aurelia de su incómoda posicion.

Durante toda la noche, el *Seagull* arrostró valerosamente el furor de los elementos, pero á no ser por la buena construccion del buque, por las acertadas disposiciones del capitan y por la destreza de la tripulacion, es seguro que se habria ido á pique.

Al amanecer cesó la tormenta, cambió el viento, y comenzó á despejarse el cielo. El capitan Thompson notificó entonces á Julia que seria necesario ir á Porto Ferrajo ó á Longone para reparar las averías del buque, que eran muchas, sin contar que las olas habian arrancado del costado del *Seagull* los dos botes que llevaba, y convencida Julia de que no era posible pasar por otro punto, consintió en desembarcar. Aquí dejaremos á nuestros pasajeros para no ocuparnos de ellos por algun tiempo.

CAPÍTULO XXIV.

La torre.

Veamos ahora lo que hacian entre tanto Clélia, Silvia y Horacio.

Llegada la noche, este último encendió una hoguera, cumpliendo con el encargo que le habia hecho Julia, á fin de que el capitan del buque pudiese reconocer donde estaban, y despues trató de alquilar un bote para conducir á las señoras al *yatch*, pero como estallase al poco tiempo una tormenta, y reconociera que no seria posible embarcarse por entonces, el antiguo brigante se dispuso á buscar un asilo para que sus protegidas descansaran hasta la mañana siguiente.

No tardó Horacio en encontrar una torre arruinada, como las muchas que existen en la costa del Mediterráneo, construidas en otro tiempo por los piratas para que sus vigías les anunciasen desde ellas si habia ó no peligro en desembarcar, y despues de acomodar á las fugitivas lo mejor que le fué posible, dirigióse á la playa para ver si aparecia el *Seagull*, que en su concepto debia haber naufragado al estallar la tempestad. Hora-

ció comenzó á dar vueltas de un lado á otro, sumamente inquieto por la suerte del buque, y algunas horas despues se acrecentaron sus temores cuando al fijar su atencion en un objeto que flotaba sobre las olas, y que éstas arrastraron bien pronto hasta sus piés, vió que era un cuerpo humano, aparentemente sin vida, pero cogido todavía á una boya. Apesar de que el buen hombre creyó en un principio que no tenia ante sí sino un cadáver, levantólo del suelo con sus robustos brazos, se dirigió corriendo hácia la torre donde estaban Silvia y Clélia calentándose junto á una hoguera, y rogó á sus protegidas que tratasen de ver si era posible volver á la vida al náufrago, que no era otro sino el jóven marinero inglés arrastrado por una ola en la cubierta del *Seagull*.

Ayudada Silvia por su hija prodigó al pobre jóven todos los cuidados que exigia su situacion, y al fin, despues de mucho tiempo, tuvo el gusto de ver que respiraba. Silvia pidió un poco de aguardiente para Jacobo (este era el nombre del marinero inglés), pero Horacio no tenia sino un frasco de vino de Orvieto, que administrado en convenientes dósis, bastó para que el náufrago acabára de recobrarse. Al poco tiempo cayó en un profundo sueño, y tambien Clélia, agoviada de cansancio, se recostó sobre su madre, y se quedó dormida bien pronto.

Horacio volvió á la playa, y despues de dar algunas vueltas, siempre temeroso de encontrar algun resto del naufragio, se dirigió á la torre para tomar algun alimento, y descansar de sus fatigas.

Solo Silvia no pudo dormir en toda la noche; sumida en sus reflexiones, pensaba en las desgracias que acababa de sufrir, y aunque sus fuerzas se iban agotando ya y necesitaba tambien entregarse al reposo, adoraba tanto á su Clélia que no quiso moverse por temor de despertarla. Silvia estaba asimismo inquieta por la suerte de Manlio, que habia escapado de la furia de los clérigos

para esponer su vida en medio de las olas, y no dejó de consagrar un recuerdo á su amiga Aurelia, que por dar una prueba de amistad se veia rodeada de peligros.

Horacio que acostumbraba á dormir muy pocas horas, estaba ya en pié al rayar el alba, y despues de avivar el fuego de la hoguera, comenzó á secar sus ropas, humedecidas por la brisa del mar. El trage de Horacio, por demás pintoresco, era de terciopelo negro adornado con botones de plata; un calzon corto ceñia su robusta y bien formada pierna, llevaba corbata negra, cubria su cabeza un sombrero como los que usan los calabreses, bajo el cual flotaban las puntas de un pañuelo encarnado, y su cinturon de cuero bordado de seda y plata, sujetaba dos rewolvers y una brillante y ancha daga que podia hacer las veces de cuchillo de monte. Además de esto, Horacio no abandonaba nunca la carabina, que en sus manos era un arma poderosa. Equipado de aquel modo, y visto en el momento en que el resplandor de la hoguera se reflejaba en sus bronceadas facciones, el brigante aparecia como ese tipo perfecto que tantas veces han reproducido en el lienzo los artistas, y que solo se encuentra en Italia. Hasta la misma Silvia, que en aquel instante se despertó, no pudo menos de admirar el apuesto continente, la espresion enérgica y la salvaje belleza de su fiel guardian. Es verdad que Horacio era un brigante, pero ni por sus actos ni por sus sentimientos podia considerársele como tal, pues solo obligado por las circunstancias se habia lanzado en la vida aventurera; su único crímen era desear, como otros nobles y valerosos ciudadanos, la unidad de Italia, y ver á Roma libre del despotismo del clero.

Cuando ya los rayos del sol comenzaban á reflejarse sobre las ruinas de la torre, Horacio se acercó á Silvia y la dijo respetuosamente:

—Señora, no podemos permanecer aquí mucho tiempo, y

será lo mas acertado emprender desde luego la marcha, pues estamos demasiado cerca de nuestros enemigos.

—¿Y dónde estan Manlio, Julia y Aurelia? preguntó Silvia.

—Probablemente muy lejos en el mar, si es que han tenido la suerte de salvarse, y antes de internarnos en los bosques, seria conveniente dar una vuelta por la playa para ver si averiguamos algo.

—Quiera Dios que la tempestad no les haya sido fatal, murmuró Silvia dirigiendo al cielo una mirada suplicante.

—Señora, repuso Horacio, es preciso tener firmeza y partir ahora mismo, porque los momentos son preciosos.

Silvia despertó en el acto á su hija, á quien unas horas de sueño habian devuelto todas sus fuerzas, y entretanto Horacio llamó á Jacobo, que por la primera vez pudo esplicarse y referir los pormenores de lo sucedido durante la tempestad.

El brigante se dirigió entónces hácia la costa, mas aunque ya no llovia, soplaba un viento muy fuerte, y Silvia y su hija caminaban con mucha dificultad. Horacio y Jacobo miraban por todas partes para ver si descubrian los restos de un naufragio, mas no habiendo encontrado nada, dedujeron que sus amigos estaban en salvo.

Poco despues, y mas tranquilizados, nuestros viajeros se internaron por el bosque, en el cual no era de temer se perdiesen, llevando un guia tan práctico como el valeroso Horacio.

CAPITULO XXV.

La retirada.

Despues del conflicto ocurrido en los Baños de Caracalla, la situacion de Attilio y de sus compañeros llegó á ser muy comprometida. Cierto es que el traidor habia pagado su infamia con la vida, y no lo es menos que los mercenarios del Gobierno llevaron la peor parte en la lucha, pero la policía estaba ya alerta, y aunque no enteramente segura, sospechaba donde podria encontrar á los jefes de la conspiracion.

Si todos los amigos de la libertad que estaban fuera de Roma hubieran sido tan activos como Attilio y sus compañeros, se hubiera alcanzado seguramente una victoria el 15 de Febrero, pero los moderados, egoistas é intrigantes, no querian escuchar las palabras de ¡*á las armas*! y preferian aguardar, con la esperanza, sin duda, de que el maná de la libertad les caeria del cielo, ó que el estranjero vendria á salvar el país.

¿Qué les importaba á ellos la dignidad nacional y la sonrisa de desprecio de todas las naciones europeas? Los moderados no pen-